

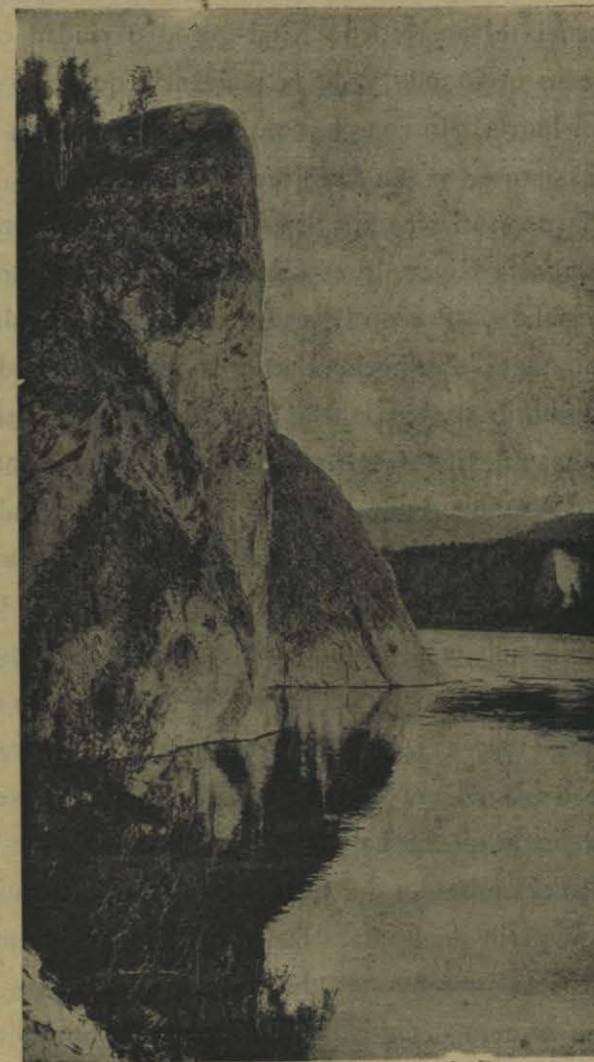
ciones, que allí empeñaba todo el destino de su imperio. No se contentó con edificar una ciudad con sus primeras disposiciones, esperando que el desarrollo natural de la vida económica trajese consigo el progreso normal determinado por el crecimiento regular de la nación y de sus recursos, sino que concentró en ella todas las fuerzas del imperio, hasta con violencia, obligando á los señores á construirse residencias urbanas, reclutando los trabajadores en verdaderos ejércitos para aumentar con todos ellos la población, llenando á la vez los cuarteles y los cementerios. Una fortaleza insular, Kronstadt, protegía la ciudad naciente por la parte del mar, pero la tendencia de San Petersburgo era principalmente agresiva: convertida en capital del imperio, tenía que despejar delante de sí las orillas del golfo de Finlandia y del Báltico oriental, y había de trazar además ampliamente á través de Polonia, Suecia y provincias alemanas un extenso círculo de conquista.

Es una curiosa serie la formada por esas tres capitales que se han sucedido en la inmensa llanura, bajo la influencia de presiones y de atracciones variadas. Primero Kiyev, que fué la mayor de las ciudades de la Eslavia cuando la ciudad de Constantinopla ejercía plenamente su fuerza de atracción sobre el mundo de la Europa oriental. Entonces el foco de repartición de las mercancías y de las ideas debía hallarse al alcance del comercio de Bizancio y en comunicación directa con ella, sobre el afluente que desemboca en el mar Negro y hacia el punto donde se ramifican los grandes valles tributarios; en efecto, el lugar preciso donde se halla Kiyev, sobre la orilla derecha del Dniepr, llena admirablemente esas condiciones: en ninguna parte existe una ramificación de las vías naturales mejor trazadas avanzando hacia la cuenca del Vístula, hacia los golfos de Riga y de Finlandia, hacia la alta ramificación de la cuenca del Volga. Pero esta ciudad, tan bien situada para aprovecharse de las ventajas de la paz, veía llegar los ejércitos del Este, del Sud y del Oeste, Mongoles, Tártaros ó Polacos, tan fácilmente como los convoyes de mercaderes, y frecuentemente fué destruida; hasta dicese que en 1584 el solar quedó absolutamente desierto después de la retirada de los incendiarios tártaros. Sin embargo, había de renacer, lo mismo que una planta reflorece sobre una tierra fecunda donde dormía la

semilla, y si Kiyev no es ya la ciudad principal de Rusia, es probablemente la más santa para la multitud de los peregrinos: su antigüedad le asegura el prestigio.

Moscou, que fué capital de Rusia después de Kiyev, debía evidentemente sucederle, ella ó cualquiera otra ciudad de la región de las llanuras, cuando la presión asiática comenzó á disminuir y la cuenca del Volga, cesando de estar bajo la dominación mongola, pudo ser considerada como la continuación del territorio de la Eslavia. Entonces llegó verdaderamente á ser Moscú un centro etnográfico de todas las poblaciones del inmenso campo, no solamente eslavas, sino también finlandesas, tártaras, uralianas y hasta lituanias. Verdad es que la ciudad no tuvo el privilegio

de nacer á la orilla de un gran río: sin embargo, el Moskva, que serpentea en una región suavemente ondulada, lleva ya barcos y comunica con la «madre Volga» por el Oka, afluente poco inferior á la corriente principal. Además Moscú se halla muy cerca de la vertiente meridional de las llanuras rusas en la dirección del mar Negro, y ya á una corta distancia al Oeste y al Sud se derraman



Cl. Aitoff.

EL IENISSEI, EN LAS INMEDIACIONES DE KRASNOIARSK

las primeras aguas del Dniepr y del Don. A centenares de kilómetros alrededor de ese punto central, admirablemente situado como punto de cita, se extienden uniformemente las llanuras fáciles de recorrer: allá se encontraban los mercaderes llegados de Polonia, de Constantinopla y de Asia. Uno de los barrios de Moscou tomó con justicia el nombre de Kitai-gorod ó ciudad china. Así, á pesar de Pedro el Grande y de la residencia que hizo surgir de los pantanos del Ingria, Moscou ha continuado siendo una capital natural del imperio ruso, y, en las grandes circunstancias nacionales, vuélvese á ella necesariamente. Si esta ciudad no es completamente santa como la abuela Kiyev, lo es á lo menos como madre: es la «Moskva Matouchka». Por otra parte, Rusia no ha de mirar ya en nuestros días con tanta obstinación hacia la Europa occidental: de ese lado el equilibrio parece mucho más estable que del lado de Asia, donde tantas anexiones se han sucedido recientemente.

A la muerte de Pedro el Grande, «emperador de todas las Rusias» (1725), el poder de los czares penetraba ya en Asia: el Cáucaso se hallaba rodeado del lado de Oriente por el Caspio, y hasta Persia había sido más profundamente perjudicada que lo es en el día: el litoral caspiano formó parte del imperio ruso durante una docena de años (1727-1734); pero á esa distancia del centro político, el brazo de Rusia no era bastante poderoso para conservar la anexión de un territorio que se hallaba, por decirlo así, «en el aire», y Nadirchah, otro conquistador del temple de Pedro, reconstituyó por algún tiempo el imperio de Irania. Del otro lado de los montes Urales, los Cosacos, representantes de la dominación rusa, habían penetrado de una manera definitiva en los extensos bosques siberianos sin encontrar enemigo que le cerrara el paso. Cazadores de martas cibelinas, habían viajado de río en río por los pasos, acompañados de los indígenas, y, sin darse mucha cuenta de la inmensidad del espacio recorrido, habían acabado por alcanzar los confines del imperio chino.

De ese modo se había producido materialmente el contacto entre las dos grandes potencias territoriales de Europa y de Asia, y el poder del czar estaba ya representado por compañías de soldados sobre las orillas del Océano Pacífico, cuando dedicaba tan ruda energía á abrirse una salida hacia los mares occidentales. Pero desde el

mar Báltico al lago Baikal y al mar de Okhotsk, los espacios eran demasiado vastos y completamente desprovistos de recursos para que pudiera el gobierno utilizar los golfos siberianos del Océano, helados durante más de una mitad del año, sea protegiendo un comercio cualquiera, sea desplegando orgullosamente la bandera del águila de dos cabezas sobre los mares próximos. Las soledades de Siberia, unidas á Europa por una sola pista de barro, polvo ó nieve, trazada á través de las estepas y de los bosques, sólo servían para el tránsito de aquellos de quienes el czar y los señores querían desembarazarse, vivos ó muertos: criminales y viejos creyentes, favoritos que habían cesado de agradar, hombres honrados que dificultaban las intrigas de la corte, enemigos políticos, todos aquellos que quedaban sin clasificación por sus faltas ó por sus virtudes; á Siberia se enviaban los peores y los mejores. Una sociedad cuya institución fundamental era la esclavitud no podía menos de completarse con un lugar de destierro considerado en toda su extensión como una cárcel inmensa. Había presidios especiales, donde la existencia estaba reglamentada de una manera metódicamente atroz, que recibían á los desgraciados á quienes se quería que murieran con acompañamiento de tormentos; pero la gran mayoría de los desterrados iban á aumentar el número de los inmigrantes, cazadores, comerciantes, aventureros ó fugitivos que se establecían donde podían, todo lo lejos posible de los funcionarios representantes del poder central. Llegados de todas las partes del imperio, Rusos y Polacos, Eslavos y Alófilos, los desterrados y los inmigrantes de razas diversas que se cruzaron con los escasos habitantes del país, Turkmenos y Buriatos, Tunguses y Yakutas, constituyeron una nación nueva en la que domina el tipo Gran-ruso, pero que conserva, no obstante, un carácter original en el conjunto de las provincias de la Eslavia rusa¹.

Simple lugar de destierro y territorio de caza de pieles, la colonia siberiana no tenía condiciones suficientes al final del siglo XVII para encontrar por sí misma su frontera por el lado de China: algunos individuos aislados eran los únicos que se aventuraban en compañía de caravanas mongolas ó mandchues. Dícese que en 1567 se pre-

¹ N. Yadrinzev, *Webers von Petri, Sibirien*, p. 62.

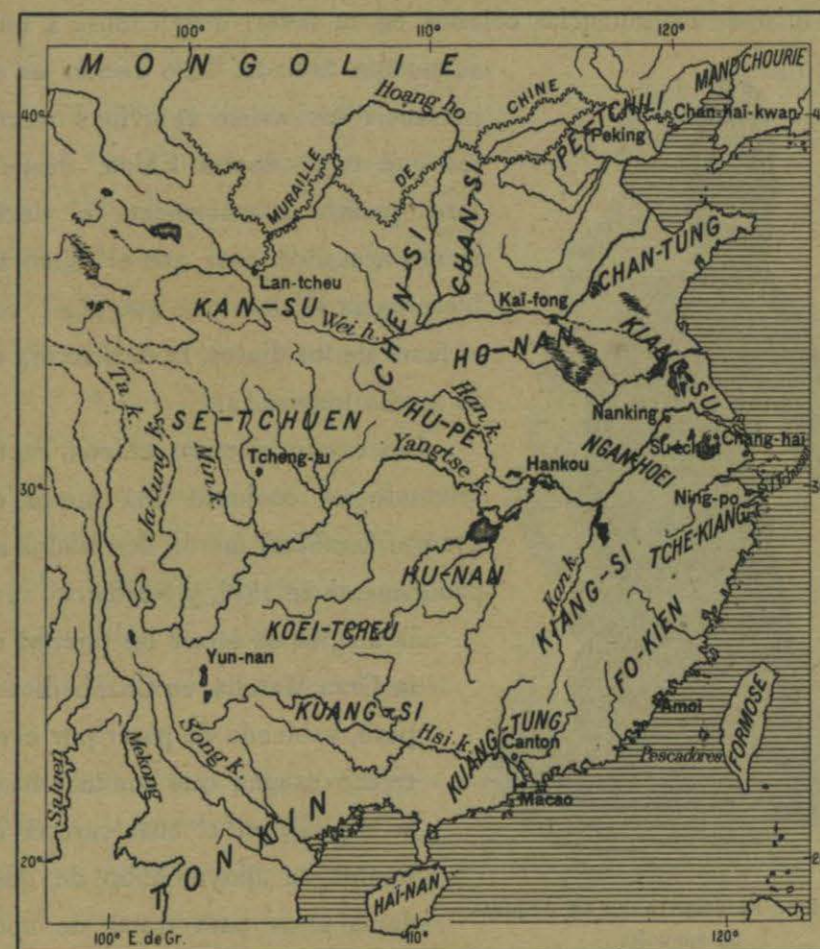
sentaron por primera vez los Cosacos rusos en la corte de Pekin, pero no fueron recibidos porque no llegaban con las manos llenas en calidad de tributarios. En 1619, un Ruso se vió también negar audiencia por el mismo motivo, y en 1653, un embajador directo del czar Alexis, Baikov, tuvo que retirarse porque se negó, dicen los documentos rusos, á prosternarse ante el trono del dragón. Sin embargo, las relaciones comerciales adquirían importancia entre los súbditos de los dos emperadores, amarillo y blanco; en 1689, los gobiernos limítrofes firmaron su primer tratado, el de Nertchinsk, según el cual la China, que era entonces la potencia incontestablemente preponderante, obtuvo, en efecto, la conservación de su preeminencia haciendo arrasar algunos campamentos en el Amur y fijar el límite ideal de los dos Estados sobre la cresta del Stanovoi.

China había tenido sus revoluciones como Europa, y, por un notable paralelismo de los acontecimientos, las disensiones religiosas tuvieron también gran parte en ese caos político. El emperador Chi-Tsung, que pertenecía á la dinastía de los Ming, fué, al otro lado del Mundo Antiguo, un protestante á su manera, que ordenó nada menos que la destrucción de todos los templos budhistas de la capital (1536) y el empleo de todos los tesoros que contenían en la construcción de un templo para su madre; es decir, quería volver á la pureza de la fe, al culto primitivo de los antepasados, lo mismo que Lutero volvía á la palabra del Evangelio. Al fin de su vida (1566), Chi-Tsung hizo derribar todos los altares taoistas de su palacio, porque la intercesión de los sacerdotes no había conseguido procurarle el elixir de inmortalidad ¹ que Catalina de Médicis y tantos otros personajes supersticiosos de Occidente buscaban en la misma época y por medios análogos. Pero, en lucha consigo misma, China era tanto menos fuerte para resistir la presión de los enemigos del exterior; como Europa invadida por los Turcos, China se veía periódicamente atacada por los piratas japoneses y por los nómadas mongoles. Los primeros se apoderaron por cierto tiempo de Ningpo, de las islas Tchusan, de Changhai, de Sutchou, de Amoi y de otros puntos de la costa del Fo'kien; los segundos, mandados por Anta

¹ J. Macgowan, *A History of China*, ps. 495, 499.

ó por su hijo Sihlina, caían cada año sobre las provincias septentrionales de China para extraer de ellas tanto botín como deseaban: al fin fué preciso comprar muy cara la paz.

N.º 410. La China en la época mandchue.



1 : 25 000 000
0 500 1000 1500 Kil.

Después tocó el turno á los Mandchues: un jefe de clan muy audaz y de gran inteligencia, Nurhatchu, de quien dice la leyenda que descendía de una virgen fecundada por la « urraca divina » ¹, habiendo tenido queja de una falta de fe de los representantes de los Ming, resolvió unir todos los Mandchues en una sola nación para lanzarlos contra el imperio. Preparó lentamente pero con seguridad su ven-

¹ J. Macgowan, *A History of China*, p. 105.

ganza, y en 1616, habiendo organizado sus fuerzas de ataque, tomó oficialmente el nombre de emperador «por decreto del Cielo», y eligió, tomadas de caracteres mongoles, doce radicales simbólicas de las cuales debían derivarse todas las demás palabras de la lengua mandchue, queriendo de ese modo oponer civilización á civilización. Para inclinar las potencias celestes en su favor, dirigiéndose á todo



VASO CHINO REPRESENTANDO LA DUQUESA DE BORGUÑA

su pueblo armado, hizo recitar en su presencia los «siete agravios» mortales que tenía contra China, después hizo quemar solemnemente el documento acusador, para que el humo subiere hacia el cielo y le asegurase, con el favor de los dioses, la satisfacción de su «odio inmortal».

Los cuatro ejércitos chinos, representando en conjunto una fuerza de 470 000 hombres, fueron derrotados separadamente en 1618, y Nurhatchu tuvo la alegría de forzar las puertas de la Gran Muralla, en Chanhaikuan; pero, habiendo de pasar por el estrecho camino que conduce hacia la capital, en el cual carecía de puntos de apoyo, hubo de quedarse atrás para tratar de apoderarse de la ciudad fuerte de

Ming-Quen. Esta última tentativa (1626) fué infructuosa, y el gran jefe murió de pena por no haber realizado su obra. Pero lo que él no pudo hacer, lo hicieron para su dinastía las revoluciones interiores de China, ayudadas por una incursión temporal de los Holandeses en Formosa, en los Pescadores y en el distrito de Amoi. Un primer sitio de Pekin, intentado por los Mandchues en 1629 no tuvo éxito; defendida por el cañón, la ciudad resistió vigorosamente á los bárbaros; pero no resistió á los Chinos rebeldes que, una quincena de años después trastornaron el imperio. En 1644, acababa de instalarse en Pekin el jefe de los insurrectos y de proclamarse em-

perador, y cuando apenas había tenido tiempo de sentirse «Hijo del Cielo» fué destronado. Uno de sus generales ofendidos, el que vigilaba en las fronteras del Nordeste, llamó á los Mandchues para vengar á la dinastía legítima de los Ming. El nuevo amo fué completamente vencido en Chanhaikuan, y el joven rey de los Mandchues, niño de seis años, fué proclamado emperador de China: la dinastía de los Tsing quedó fundada. Sin embargo, transcurrieron dieciocho años antes que los últimos defensores del legitimismo chino fuesen definitivamente vencidos: fué preciso perseguirlos hasta en plena Barmania y en las islas del mar, en los Pescadores y en Formosa. El más famoso emperador de la China moderna, Kanghi, que estaba en el trono cuando la dominación de los Mandchues, se había adaptado ingeniosamente á las exigencias de la etiqueta china, y recibió al fin la adhesión universal de los súbditos.



VASO CHINO REPRESENTANDO AL REY LUIS XIV

Aquella fué la gran época histórica de la penetración del cristianismo en el imperio chino. No había habido continuidad entre las edades del cristianismo nestoriano y las de la propagación del catolicismo europeo. Los nestorianos habían sido exterminados en su mayor parte, y es indudable que la larga duración del tiempo que permanecieron alejados de su medio de origen, entre poblaciones de raza y de costumbres muy diferentes, no les había dejado por herencia religiosa más que fórmulas y ceremonias cuyo simbolismo no comprendían: puede decirse que el culto de Roma no hizo su aparición en el Extremo Oriente hasta el fin del siglo XIII, con el italiano Montcorvino, que agrupó numerosos practicantes en su alrededor, merced á la tolerancia natural de los Chinos para todas las ceremonias que no excluyen los ritos tradicionales de la veneración

de los antepasados. El cristianismo era tolerado á condición de disfracarse, y cuando los comerciantes europeos, entre ellos los Portugueses y otros, pudieron establecerse como huéspedes en las ciudades del litoral chino, fueron los primeros en desvirtuar los esfuerzos de los misioneros cristianos, temiendo con razón que la propaganda de aquellos sacerdotes comprometiese sus intereses. Macao, la factoría concedida á los Portugueses para su tráfico, no fué, como lo esperaba Roma, el atrio de la gran Iglesia de Oriente.

Sin embargo, un jesuita italiano, Ruggiero, vestido de Chino, logró en 1581 penetrar en Cantón, y al año siguiente fué seguido por el famoso Ricci, que acabó por llegar á ser un gran mandarín y por representar un papel político importante. Llegó al imperio en una época de las más críticas para los destinos de la nación, puesto que los Mandchues comenzaban entonces sus invasiones, que habían de tener como consecuencia la caída de la dinastía china de los Ming. Los sencillos sacerdotes extranjeros supieron moverse fácilmente y sin tropiezos en aquel mundo de astucias y de intrigas que agitaba el conflicto de los intereses entre los partidos, y pronto se hicieron indispensables. Sabido es cuán grandes eran entonces las ambiciones de la orden: se proponía el imperio del universo; sus enviados, sabiendo hacerse «todo á todos», iban á vivir sencillamente en medio de los salvajes, y como sabios diplomáticos entre los civilizados. En todas partes les era necesario triunfar, entre los Guaranis del Paraguay como entre los Chinos y los Mandchues del Oriente de Asia. Mas para preparar á estos últimos un «camino de terciopelo» hacia el cristianismo occidental, los misioneros hubieron de extremar la tolerancia hasta hacerse Chinos ellos mismos, adaptando su fe á las costumbres de la nación, insistiendo mucho más sobre el único verdadero Dios que sobre las tres personas divinas, no viendo en el culto de los antepasados más que un acto laudable de piedad filial y cerrando los ojos sobre los casos de poligamia justificados por el deseo de perpetuar una descendencia varonil¹. Gracias á todas esas complacencias, en las cuales el dogma cristiano acababa por desaparecer, la religión católica pudo aspirar á ocupar un lugar en el imperio al

¹ A. de Pouvourville, *L'Empire du Milieu*, p. 150.

lado de las otras religiones oficialmente registradas, confucianismo, budhismo, taoismo, y los padres jesuitas llegaron á ser elevadísimos personajes: Adam Schaal hasta fué nombrado doctor de Kanghi,

pero ese puesto «demasiado» envidiable le costó caro, puesto que los regentes le encerraron en una cárcel y le condenaron á ser «cortado en mil pedazos», pena que fué conmutada por la de prisión perpetua¹.

El gran período de honor para las misiones de los jesuitas data del reinado de Kanghi, que tomó el gobierno personal en 1667, hombre inteligente y deseoso de dejar un gran recuerdo en la historia. Kanghi reconoció en seguida el valor científico de los misioneros de que le había rodeado la orden de

los jesuitas y que habían sido escogidos cuidadosamente entre los padres más instruidos; astrónomos, matemáticos, geógrafos. Después de haber establecido una especie de concurso entre los sabios indígenas y los misioneros extranjeros, Kanghi designó al padre Verbiest para redactar un nuevo calendario, y el astrónomo flamenco, más

N.º 411. El río de Cantón y Macao.
Reproducción del trazado de los jesuitas.



¹ J. Macgowan, *A History of China*, p. 528.

intransigente en ciencia que en el dogma religioso, mantuvo con rigor las correcciones que dictaba á sus colegas chinos. El carácter científico de los padres jesuitas adquirió tal importancia, que Kanghi les encargó de explorar el imperio, trazar el mapa detallado y les abandonó todo un personal de mandarines para esta obra capital. En 1708 los misioneros Bouvet, Regis y Sartoux comenzaron la construcción de ese precioso documento, anterior aún á los trabajos del mismo género emprendidos en la Europa occidental. Hasta la época moderna, inaugurada en el litoral por los ingenieros hidrógrafos de las diversas nacionalidades, y en el interior de la Flor del Medio por los Fritsche, los Richthofen, los Chevalier y otros geodésicos y geógrafos, ese mapa de los jesuitas sirvió de punto de apoyo para el estudio del Asia oriental.

Sin embargo, el mismo Kanghi, que debía amplio reconocimiento á esos misioneros de la orden, en nombre del progreso científico, se creyó obligado á perseguir la religión de Occidente. Los dominicos y los franciscanos constituían el grueso del ejército de catequistas que marchaban á la invasión de Oriente, pero no tenían los talentos diplomáticos de los discípulos de Loyola: seres sencillos, poco desarrollados intelectualmente, sin otra pasión que la de conquistar almas para la santa Iglesia y dejándose ir voluntariamente hasta el fanatismo del martirio, predicaban cándidamente su fe chocando, con desdén de toda prudencia, con las costumbres chinas que les parecían opuestas á los mandatos de Roma. La «cuestión de los ritos», es decir, de los honores tributados á los antepasados y á Confucio, fué decisiva en China, y su rechazo fué temible en todo el mundo cristiano. Los jesuitas, prudentes, autorizaban esos ritos; los ardientes dominicos los denunciaban como impíos, y las autoridades de la Iglesia, solicitadas de una parte y de otra entre sus intereses, se mostraban muy perplejas. En 1645, Inocencio X condenaba los ritos chinos en vista de la exposición del dominico Morales. En 1656, Alejandro VII los autorizó en vista de una nueva exposición del jesuita Martini. En 1669, Clemente IX confirmó á la vez los dos decretos de sus predecesores¹, esperando escapar así al peligro de una

¹ H. Hauret, *La Mission de Kiangnan*, p. 24.

solución. Luego, en 1693, tuvo lugar, por último, el acto de condenación oficial, casi inmediatamente después de un edicto de tolerancia absoluta.

Bajo el «cayado» de los pastores dominicos, los católicos se contaron pronto por centenas de miles en las provincias del Sud y en las del valle del Yangtse; pero quizá el éxito de la propaganda



Cl. J. Kuhn, edit.

JAPÓN — UNA PUERTA DE TOKIO

en esas regiones del Mediodía era debido parcialmente á los sentimientos de rebeldía que todavía fermentaban en la población contra los conquistadores venidos del Norte, por lo cual el virrey de Cantón suplicó al emperador, en una larga Memoria (1716), que hiciera frente al peligro y expulsara á los misioneros, esos hombres «cuyo único objeto es seducir las almas para inducirles á creer doctrinas contrarias á las de los grandes sabios de la China». Kanghi aceptó la demanda del virrey de Cantón, y, aunque tomando medidas de excepción en favor de algunos de los residentes en Pekin, decretó el destierro de todos los demás sacerdotes católicos, con penas severas contra los que continuaran viviendo secretamente en las provincias. La razón determinante del acto de proscripción, análogo al

que Luis XIV, el Kanghi de Occidente, acababa de adoptar contra sus súbditos de religión protestante, procedía de la audaz intervención de Roma en los negocios interiores de China. Celoso de su autoridad, Kanghi se había indignado viendo un legado del papa que se permitía establecerse en Pekin para decidir de cosas que interesaban directamente á su imperio, y además quería poner fin á las molestias que le causaban las disensiones entre jesuitas y religiosos de otras órdenes.

En realidad, esos acontecimientos constituían un triunfo de la Iglesia católica tradicional contra los jesuitas, pero un triunfo muy costoso, puesto que la misma Iglesia perdía una de las más importantes provincias de su dominio. Porque la persecución fué eficaz: la religión de los Occidentales, después de su era de prosperidad, desapareció casi por completo del imperio hasta la nueva invasión de los misioneros que se produjo en el siglo XIX, bajo la presión comercial y política de la sociedad europea.¹ Pero la fase moderna de la propaganda no presenta las mismas condiciones que la antigua, porque se dirige mucho menos á la población residente y trabajadora de las «Cien familias», que á los habitantes, más ó menos desclasificados, que tienen interés en hallar protectores mundanos en sus «padres espirituales»² y, por su mediación, en los consulados de las potencias extranjeras.

También en la parte meridional del Japón hizo el cristianismo su mayor progreso después de la llegada de Francisco Xavier en 1549. Si han de creerse las Memorias de los misioneros jesuitas, cerca de doscientos mil fieles, constituidos en dos centenares de localidades religiosas, confesaron la fe católica antes del final del siglo XI. Según Charlevoix, historiador del Japón, un príncipe envió una embajada al «grande, universal y santísimo Padre del mundo entero, el señor el Papa», para atestiguar su obediencia y su docilidad como inquisidor y destructor de broncerías. Pero el dictador Kaikosama, el poderoso amo japonés que se había despojado de la señoría feudal más ó menos decorativa del emperador de China, tuvo celos de esa ingerencia política de enviados extranjeros que tomaban aires de

¹ A. de Pouvourville, *L'Empire du Milieu*, p. 150.

amos, pretendiendo dirigir las conciencias y hasta reemplazar á los padres para bautizar los recién nacidos. En 1587 lanzó un edicto contra los misioneros jesuitas, ordenándoles salir del país en el plazo de veinticuatro días. Los religiosos se apresuraron á conformarse en apariencia con aquella orden, y, cambiando de vestidos, se convirtieron oficialmente en simples traficantes, como los tratantes portugueses que se habían establecido junto á ellos en los puertos. Se consintió en tolerar su presencia bajo ese disfraz, pero franciscanos y dominicos les denunciaron al poder, después de excitar unos contra otros á los convertidos. La guerra civil se produjo en distintos puntos, y por fin el edicto de expulsión fué rigurosamente ejecutado. Se ejecutaron matanzas, y las leyendas refieren que se arrojaron millares de hombres en el cráter de un volcán. Como quiera que sea, unos embajadores portugueses fueron condenados á muerte como pertenecientes á la religión de los rebeldes, y en lo sucesivo no quedaron ya en el Japón, durante más de dos siglos, más que cristianos tímidos que practicaban sus ritos en secreto, bajo la cubierta del budhismo ó del sinto. El conjunto del tráfico directo con Europa, mediante la intervención de algunos tratantes holandeses, residentes en un cercado delante de Nagasaki, en el islote de De Sima, fué limitado en 1685 á la cantidad de 300,000 taels, ó sea unos dos millones de francos. El gobierno japonés quería reservarse una portezuela de entrada para las curiosidades y maravillas del mundo occidental, pero tuvo especial cuidado de no admitir más que protestantes herejes, malditos de la Inquisición y despreciadores del crucifijo.

En aquel período de su historia en que el Japón, más dichoso que la India y que los Imperios del Nuevo Mundo, gracias á su aislamiento y á su naturaleza insular, lograba arreglar prudentemente sus relaciones con los Occidentales, realizaba también una importante revolución interior. Verdadero Richelieu del Japón, Taikosama y su sucesor Iya Yassa lograron romper el poder del feudalismo aumentando el número y disminuyendo el valor de los feudos, y sobre todo atribuyéndoles vanos honores y privilegios quiméricos en la corte de un príncipe quimérico también, el emperador ó mikado, á quien la adoración tradicional de sus súbditos anegaba en su gloria y pri-

vaba de todo contacto con los hombres, de toda participación enérgica en los acontecimientos. En cuanto al regente ó *siogun*, se reservaba el derecho del mando, la acción; el nombre de «Rey Sol» se dejaba al príncipe encerrado, pero al *siogun* correspondía la fuerza para suscitar ó para destruir.



EL SIGLO XVIII. — NOTICIA HISTÓRICA

FRANCIA. Luis XIV nació en 1638, reinó desde 1643 y gobernó desde 1661 á 1715. Entre otros hijos, tuvo de María Teresa, muerta en 1683, el Gran Delfín, y de la señora de Montespan que, sucesora de la señorita de la Vallière, fué querida titular desde 1668 á 1682, el duque de Maine (1670-1736); la señora de Maintenon, esposa del rey á partir de 1684, murió sin hijo. El Gran Delfín murió en 1711; su primogénito, el duque de Borgoña, en 1712; el duque de Bretaña, hijo de éste, en 1712; el duque de Berry, segundo hijo del Gran Delfín, en 1714. A la muerte de Luis XIV sólo quedó el duque de Anjou, nacido en 1710, segundo hijo del duque de Borgoña, que llegó á ser el rey Luis XV. El Regente, Felipe de Orleans, nieto de Luis XIII, murió en 1723, poco después de la mayor edad de Luis XV. Bajo el nuevo reinado, Fleury estuvo en el poder desde 1726 hasta 1743. Luis, hijo de Luis XV, murió antes que su padre, en 1765, por lo que el nieto de este último, nacido en 1754, subió al trono en 1774 y reinó hasta la Revolución.

PRUSIA. En 1415 un Hohenzollern llegó á ser margrave de Brandeburgo. Federico Guillermo, gran elector desde 1640 hasta 1688, acogió á los Hugonotes; su hijo Federico III se hizo rey y como tal se le conoce con el nombre de Federico I, Federico Guillermo I, el rey sargento, que reinó desde 1713 á 1740, y Federico II el Grande, de 1740 á 1786. Le sucedió un sobrino, Federico Guillermo II, seguido de otros Federico Guillermo.

AUSTRIA. Carlos VI, emperador y rey (1711-1740), no dejó más que una hija, María Teresa. Esta ejerció el poder de 1740 á 1780, pero el elector de Baviera fué nominalmente emperador de 1742 á 1745, después Francisco I, esposo de María Teresa, y José II, su hijo (1765-1790). Le sucedió su hermano Leopoldo, después Francisco II, hijo de este último (1792-1835).

GRAN BRETAÑA. Á la muerte de Ana (1714), excluido su hermano Eduardo Estuardo por su religión, el heredero de la corona fué Jorge de Hanover, descendiente por su madre de Jacobo I. Cuatro Jorges se suceden de 1714 á 1830.